

Calabazas para los muertos

Ana Morán Infiesta

Pocas ciudades hacen mayor honor a su nombre que Faust City. Por sus calles, se pasean miles de ciudadanos dispuestos a vender su alma al primer Mefistofeles que se cruce en su camino.

Sean humanos, mestizos o bestiamorfos, son pocos los que no tienen precio y menos aún los que viven para contarlo. Aunque los desesperados saben que hay alguien capaz de velar por ellos. Diana Hunt, la investigadora de los casos imposibles. La cazadora de Faust City.

La sangre apache de la detective Diana Hunt la convertía en una persona nada apta para la inactividad. Un día sin trabajo la impacientaba; al segundo, empezaba a sentir tentaciones de meterse en líos por cuenta propia. Si algo tenía aquella ciudad era una buena colección de montones de mierda en los que poder escarbar. Pero, en pleno inicio de su segunda jornada de tedio, aún era capaz de recordar que tales aventuras terminaban con balas en el cuerpo, costillas rotas o inocentes muertos antes que con algún diablo derrotado. Necesitaba relajarse y no se le ocurría mejor forma de hacerlo que pelar y degustar una buena bolsa de los cacahuets.

Estaba descolgando del perchero su gabardina, cuando Calie, su secretaria, abrió la puerta. Nada más ver su gesto, la investigadora intuyó que Patas, su proveedora favorita de frutos secos, iba a quedarse sin una venta.

—Jefa, ha llegado una clienta.

—Dime que no es una de esas cornudas de las que no logras librarte con las disculpas habituales.

Su secretaria esbozó una sonrisa cómplice. En momento así, Diana no dejaba de preguntarse cómo aquella mujer inteligente y sofisticada había renunciado a una vida en los barrios altos para unirse a ella en su cruzada contra el peor de los diablos de Faust City, Ojos de Jade.

—No, jefa, creo que esta es de las tuyas.

—En ese caso, hazla pasar, pelirroja.

Nada más ver a su visitante entrar por la puerta, la detective tuvo que admitir que las impresiones de su ayudante resultaban tan acertadas como de costumbre. Ella solo atendía a un tipo de clientes: los desesperados. Prefería que tuviesen grandes cheques con muchos ceros a la derecha, aunque, si el caso la tentaba, no tenía problemas por trabajar por poco o nada. Le bastaba ver la blusa de la mujer, abrochada con los botones por completo desalineados, y el modo en que su mano jugueteaba con la correa del bolso, para tener claro que estaba necesitada de ayuda. Y tampoco parecía una desharrapada de Estercolero. En realidad, no aparentaba ser una ciudadana de Faust City; sus ropas eran de calidad, bien cortadas aunque por completo pasadas de moda y más severas que las que lucían las esposas de los pastores protestantes de la ciudad.

Cuando tomó asiento, a la detective no le pasó desapercibido el tenue aroma a naftalina que despedía su candidata a cliente.

—Yo he venido hasta aquí desde las montañas de Bray, el ...el señor Brown me dijo que usted, que usted sería capaz de resolver nuestros problemas.

La mujer se quedó parada, como si aquello lo explicase todo. Diana se limitó a clavarle una mirada expectante.

—Siempre nos han dejado tranquilos, desde hace siglos quiero decir, antes habían atormentado a los primeros colonos, pero ahora... ya el año pasado lo habían hecho, pero lo de ahora...

Diana contuvo un suspiro de impaciencia.

—Señora, tranquilícese. ¿Quiénes han vuelto?

—Esos malditos salvajes —la mujer se sonrojó, como si en ese momento se hubiese dado cuenta de los rasgos indios de la detective—. Esos inhumanos, nuestros antepasados los llamaron los topos. Se ocultan en las cuevas, bajo tierra, quiero decir, pero ahora...

»Pero ahora nos han lanzado una advertencia.

La mujer rebuscó en el bolso hasta localizar una fotografía de una casa con cercado de madera. Aunque su visión no resultaba bucólica ni idílica. En uno de los postes verticales de la valla, alguien había clavado una calabaza, perforada de tal modo que parecía una faz diabólica de ojos cargados de odio y boca sedienta de muerte. Recordaba haber visto algo parecido en algunas ventanas de estercolero, en fechas cercanas a la noche de difuntos, pero esas siempre desafiaban al exterior; la de la foto miraba a la casa.

—Cada día aparece alguna nueva casa marcada. Desde hace una semana, quiero decir... Los hombres del pueblo intentaron acecharlos por la noche, pero esos inhumanos parecen estar aliados con la oscuridad. Entonces, fue cuando el señor Brown nos contó que había servido a su lado en el ejército y que estaba seguro que usted nos libraría de esas bestias.

Las últimas palabras de la mujer desviaron el interés de la detective de la tribu de ahuecadores de calabazas su supuesto excompañero de armas.

—No recuerdo a ningún Brown del ejército, me temo.

—Tiene que recordarlo, seguro. Eric Brown un joven muy dispuesto, moreno. Tiene un mechón blanco en el pelo por culpa de una herida de guerra.

Una chispa de reconocimiento brilló en la memoria de la detective. Aunque Eric no había servido al lado de nadie en el ejército, le habían expulsado de la academia antes de que pudiese llamarse a sí mismo soldado. Se fue con el honor de ser el recluta más insubordinado de la historia de Eagle Creek y las heridas de guerra producidas por decenas de amantes despechadas y peleas de bar. En una razia que tenía un poco de ambas cosas, Eric había recibido el botellazo causante del famoso mechón del que hablaba aquella mujer.

—Es un poco el hombre para todo en nuestro pequeño pueblo —continuó, la desconocida—. No podemos pagar a un sheriff ni a un cartero... Él se encarga del correo y de poner en cintura a nuestros hombres cuando alguno bebe demasiado... Pero, claro, él solo no puede hacer nada contra esos inhumanos que nos aterrorizan.

—¿Y el año pasado ocurrió lo mismo? —la atajó Diana. No podía dudar de la incapacidad de su viejo compañero de academia para resolver el conflicto y empezaba a cansarse de los comentarios supremacistas de aquella mema.

—No, el año pasado alguien sembró la plaza el pueblo con esas horribles calabazas, justo después de la celebración del Día de los Peregrinos.

Diana asintió. No conocía ese festejo, pero podía imaginarse qué tipo de celebración era. Los grandes conquistadores celebrando haber robado su hogar a sus legítimos dueños. Al menos, sus antepasados habían tenido a John Adams de su lado, y gracias al tratado de paz negociado por este, fueron capaces de recuperar sus montañas.

—¿Y no podría ser la broma de algún joven del pueblo?

—Nadie cultiva calabazas en Lonestone. Lo consideramos una obra de los diablos. Tiene que ayudarnos, detective. El Día de los Peregrinos será dentro de tres días y estamos seguros de que esos salvajes van a atacar al pueblo, quemar nuestras casas, matar a nuestros hombres y.... violarnos —añadió en tono más bajo. Aunque había que estar muy desesperado para violar a una gallinácea como aquella mujer.

—Señora...

—Hamilton.

—Señora Hamilton, no puedo negar que su caso no sea interesante. Pero tengo ahora varios trabajos entre manos —mintió— y necesitaría hablar con mi equipo antes de aceptar el encargo.

—Si es por el dinero, hemos hecho una colecta en el pueblo. Podríamos llegar hasta esta cantidad —la mujer le mostró un papel con una cifra de lo más tentadora.

—Señora Hamilton, créame, no es por dinero. Si me da un teléfono, en un par de horas podré decirle si aceptamos o no el caso.

II

La intención de Diana era dejar que la señora Hamilton y sus convecinos supremacistas humanos se las arreglasen solos con su sembrador de calabazas. Pero no contaba con el poder de convicción de su preciosa secretaria.

»—No todos tienen por qué ser como ella —había dicho Calie—. Además, después de lo del caso Graps, te conviene alejarte una temporada de la ciudad.

En lo último no podía más que darle la razón a su ayudante. Un par de semanas antes, la detective había rescatado a la pequeña Valerie Graps de las garras de una banda de secuestradores. Aunque, como todo lo que ocurría con aquel diablo disfrazado de gran benefactor que era Ojos de Jade, no podía probarse, Diana estaba segura de que estaba implicado en el rapto. Sin embargo, librarse de una represalia de su Némesis no era lo que la animaba a alejarse de Faust ni, con seguridad, la razón por la que Calie le había dado semejante consejo. Al rescatar a la pequeña, casi había matado a uno de los criminales de una paliza, con la niña delante. La oscuridad de la urbe estaba haciendo presa en su corazón y, si no le ponía remedio, podría transformarla en una amenaza peor que aquel a quien intentaba combatir. También tenía claro que de haber una masacre real en Lonestone, nunca llegaría a perdonarse no haber intervenido.

El tren se detuvo al fin en su estación. No había puerto de zepelines cercano a las montañas de Bray, así que se habían visto obligadas a viajar por tierra en algo que parecía más un instrumento de tortura que un ferrocarril. Las había sometido a su tormento durante toda la noche y, seguramente, tendría un aplicado sustituto en el transporte que las llevaría hasta Lonestone.

—Despierta, pelirroja, por fin estamos en Red Town.

Calie levantó la cabeza de su hombro y se desperezó con una mueca de dolor.

—Creo que mi espalda no volverá a ser la misma. Ni mi culo —añadió, tocándose la zona afectada—. Nunca pensé que pudiese haber tantos baches en un mismo recorrido.

—Haberte quedado en Faust con Heler, como te sugerí —replicó la detective, echándose las bolsas al hombro.

—¿Y dejarte a ti sola con toda la diversión, jefa? Ni lo sueñes.

Fueron las únicas en bajarse en la decrepita parada de un villorrio que hacía honor a su nombre. Hasta donde abarcaba la vista de Diana, todo era rojo: edificios rojos, redondeadas colinas arcillosas, un amanecer rojo en un apeadero desierto. Lo único que rompía la monotonía eran un carro, tirado por un flaco jamelgo, y su conductor. Apenas se le acercaron, el hombre se presentó como Hank y les ordenó subir las maletas al carro. Fueron las únicas palabras que brotaron de su boca, después, en lo que duró el trayecto hasta Lonestone, solo el chirriar de las ruedas y algún gruñido ocasional de Calie cuando pillaban un bache rompieron el silencio.

A la entrada del pueblo, toda quietud se esfumó. Un cacareo de voces aterradas, las golpeó con la contundencia de un ariete, aunque sus embates disminuyeron en cuanto las miradas se centraron en Calie. Incluso vestida con ropas deportivas, su secretaria era una mujer que levantaba pasiones, con su aire sofisticado y aquel pelito corto, de moda entre las chicas modernas de Faust, que debía de resultar extraterrestre a ojos de los montañeses.

—Diana —la interceptó un hombre—. Menos mal que has venido, hoy han colocado siete.

Los años habían convertido el rostro añinado de su compañero de academia en el de un hombre curtido en mil batallas, aunque fuesen con una botella de boubón, pero era el mismo Brown de siempre. Su sonrisa seguía siendo la del perfecto seductor, y a la detective no le extrañaba que,

gracias a ella y a su labia, el hombre se hubiese convertido en el héroe de aquel pueblo de patanes. Lo único que no le cuadraba con el viejo Brown eran las ropas: pantalones con raya y camisa de mangas largas bien abrochadas. Pero tampoco le extrañaba que, como buen embaucador, Eric hubiese cambiado las camisetas marcabíceps de sus días de recluta por un disfraz de urbanita modelo. Diana lo compadecía un poco, debía de ser un suplicio lucir esos modelitos con el calor y la humedad reinantes en el pueblo. Incluso ella, criada en Arizona, tenía el rostro cubierto de sudor. 

La investigadora se sacó un pañuelo de uno de los bolsos del pantalón y se lo ató a la frente a la manera de su pueblo. La cazadora estaba lista. Lista para seguir la estela de siete calabazas.

—Llévame hasta ellas. Con un poco de suerte, habréis dejado algún rastro sin arruinar —se echó la más pequeña de sus mochilas al hombro—. Y, por favor, que nadie nos siga ni se acerque a las casas que han marcado hoy.

Hubo un amago de coro de quejidos, pero la mirada asesina de la detective pronto cortó todo motín y pudo encaminarse hacia la ruta de casas marcadas, acompañada de Brown y Calie.

—Los años te han tratado bien Diana. Aún estás mejor que cuando partías corazones en la academia —comentó Brown, apenas iniciado el camino.

La detective se limitó a soltar un gruñido y agacharse. Con la humedad reinante en aquel pueblo, la tierra presentaba un estado más cercano al barro que al polvo. Ideal para seguir un rastro. A no ser que todo un pueblo decidiese pasearse sobre este. Diana susurró una maldición en apache. Resultaba imposible distinguir nada útil en aquella amalgama de huellas de botas, zapatillas, zapatos y hasta patas de perro. Dado que sabía que ella estaba en camino, Eric bien podría haber intentado proteger los rastros en lugar de ensayar frases pomposas con las retomar sus antiguos coqueteos.

—Será mejor que sigamos —dijo, poniéndose en pie.

Brown se limitó a asentir y a conducirla en silencio hasta una nueva casa rodeada de huellas arruinadas. Y lo mismo sucedió con la tercera. A la cuarta, tuvieron suerte. Puede que por estar cerca del camino, o por ser el hogar de un viudo con fama de huraño, apenas tenía rastros de vecinos a su alrededor. Diana se agachó e investigó dos grupos de marcas. El primero, casi desaparecido, venía del interior del pueblo; el segundo se alejaba para adentrarse en el bosque. El rastro de los pies desnudos de un par de sujetos. Sus contornos se parecían lo suficiente a un pie humano como para pensar en mestizo  muy humanizados. Bastante más, por ejemplo, que su proveedora favorita de frutos secos. Y eso se contradecía con la imagen mental que se había hecho de los famosos «topos».

Necesitaba explorar el bosque, pero no desarmada. Extrajo su Barreta de la mochila y se la colgó al cinto, enfundada en la cartuchera; tras un segundo de vacilación, también se hizo con el cuchillo de caza. No sacó armas para Calie, la pelirroja se las había arreglado para disimular su revolver en uno de los bolsos de su chaleco.

—Será mejor que vayamos a investigar. —Tendió la bolsa a su ayudante, que los había seguido sin musitar palabra—. Lleva tú la mochila.—Además de munición de repuesto para su pistola el macuto contenía todo lo necesario para una primera exploración: cuerdas, una linterna, algo de comida y agua.

—¿Estas segura de...? —murmuró Brown, más pendiente en esos momentos de los sinuosos movimientos de la pelirroja que de su vieja compañera de armas.

—Intentaremos regresar antes de que caiga la noche. Pero si no lo hacemos, espera hasta mañana por la tarde para mandar a una patrulla en nuestra búsqueda.

El rastro las llevó hasta la entrada de una pequeña gruta. Diana se agachó para estudiar mejor el rastro. Pese a que las hojas caídas y el sotobosque dificultaban leer el rastro, no le cabía duda de que, de nuevo, había dos grupos de huellas. Uno se adentraba en la cueva, el otro se alejaba, rumbo hacia el bosque.

—¿Qué ocurre? —preguntó Calie.

—Van en dirección al bosque —explicó, señalando las huellas—. No al pueblo. Exploremos primero la cueva. Pásame la linterna.

—¿Estás segura? No está tan oscuro.

Diana se giró para premiar a su ayudante con una sonrisa irónica. A veces, Calie se olvidaba de que no todo el mundo tenía genes bast y podía ver en la oscuridad como los gatos. Los brillantes ojos de la muchacha se desviaron durante unos segundos hacia el suelo de la cueva. Luego, le tendió la linterna.

Aunque con luz o sin ella, no parecía haber mucho que ver en aquella gruta.

—Jefa, creo que he visto algo en esa pared.

Diana desvió la mirada hacia su espalda. La oscuridad era ya lo bastante densa como para no poder ver la mano de Calie. Al notar su gesto, su secretaria le tomó la mano y guió la luz de la linterna hacia el lugar que había llamado su atención. La linterna enfocó una serie de pinturas.

—Inde tsét'soyé —murmuró.

«El pueblo oso»



O algo que se parecía bastante a aquellos con los que batallaran sus antepasados. La representada era una muchacha cubierta de cintura para abajo con unos pantalones de pieles, el torso lo llevaba desnudo dejando a la vista unos senos juveniles. Su rostro presentaba rasgos osunos, aunque menos acusados que los de la tribu de Arizona, por lo que Diana llegado a ver en los escasos daguerotipos que se conservaban de aquellas gentes. O más bien de sus cadáveres. Nunca se capturó a uno vivo... y un día desaparecieron.

—No creo que unas pinturas antiguas nos vayan a dar una pista sobre quién acecha al pueblo.

—No son antiguas, son modernas.

—¿Ahora eres experta en arte, pelirroja? —preguntó, conteniendo un escalofrío.

—No, soy experta en moda —Calie dirigió la linterna hacia el lugar donde había estado mirando. La luz pronto iluminó una escena en la que un humano agredía a la muchacha oso. Los pantalones del hombre podían pertenecer a cualquier época, no así las botas de montaña o una camiseta de manga corta ajustada. No se le veía el rostro, enterrado en el cuello de la asaltada, y su cabello era una mera silueta, como si el pintor desconociese su color. Diana movió la linterna a lo largo de la pared. Pero la secuencia se acababa en la violación. Iluminó el suelo, no muy lejos de su pie descansaba un cuenco, lleno de semillas. Podía apostar la cabeza a que eran pipas de calabaza.

Muy cerca del cuenco, sobre un palo o una lanza, pendía un collar que bien podía estar elaborado en hueso.

—Pelirroja, da un paso atrás. Creo que estamos sobre una tumba.

—¿Qué era eso, jefa? —preguntó Calie, nada más salir al exterior.

—Creo que está bastante claro ¿no? Alguien del pueblo debía de estar bastante cocido y violó y seguramente mató a una muchacha oso.



—Pero no hay gente oso ¿no?

—Si me lo llegas preguntar ayer, te diría que ya no. Pero después de ver eso... —Diana guardó la linterna en el macuto de su secretaria—. Puede que los hombres blancos se olvidasen de los Inde tsét'soyé, la tribu oso, pero los apaches las seguimos recordando —empezó a explicar, como si se olvidase de que ella tenía tanta sangre blanca como india—. En cierto modo recuperamos las montañas gracias a ellos.

»Justo cuando la guerra entre mis antepasados y los hombres blancos parecía inminente, llegaron ellos. Durante meses, nadie los vio, solo los cadáveres que dejaban a su paso. Tanto de

indios, como de mexicanos o de blancos... Creo que a muchos blancos, aquello les ayudó tanto o más que otras circunstancias a aceptar que instalásemos nuestras reservas en las montañas que siempre nos habían pertenecido. Pues el pueblo oso bajaba desde ellas.

»Hasta que un día nunca más se supo de ellos. Pero eso hace aún más incomprensible lo de las calabazas.

Solo cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que Calie la estaba mirando fijamente, como si temiese por su estabilidad mental.

—¿Y qué vas a hacer ahora, jefa?

—Seguir el rastro del bosque. Necesito corroborar que no me he vuelto loca antes de ajustarle las cuentas a ese cabrón.

—Antes tendrías que localizarlo ¿no? Y dudo que las gentes de Lonestone vayan a delatar a un vecino.



El bosque se iba haciendo más espeso a medida que avanzaban. Desde hacía ya un buen rato, Diana caminaba empuñando su cuchillo, y Calie, con el revolver desenfundado. El instinto de cazadora de la detective había empezado a emitir señales de alerta, y ambas habían aprendido a hacerle caso.

Esta vez, estuvo tan acertado como siempre. El don de Diana la avisó de que el desconocido se lanzaba sobre ella segundos antes de escuchar el grito de alerta de Calie y aún antes de ver algo peludo lanzándose sobre ella, cuchillo en ristre. La investigadora se apartó de la trayectoria de su oponente de un salto. Sin perder el equilibrio, descargó una puñalada que logró abrir una pequeña herida en el costado de su oponente. El hombre gruñó, trastabilló apenas un par de pasos y recompuso su guardia.

Diana y el guerrero oso se escrutaron desafiantes, ella empuñando un moderno cuchillo militar; él, su daga de asta. Mientras se tanteaban, a la detective no se le escapó el parecido entre aquel macho cegado por la furia con la muchacha de las pinturas. El hombre oso lanzó un grito animal y cargó de nuevo contra ella. Era un ataque pensado para helar el corazón del enemigo, sumirlo en un estado de impotencia y eviscerarlo a puñaladas sin que acertase a defenderse. Pero había sido lanzado en un arrebato de rabia, mientras que la sangre apache de la detective fluía por sus venas, brindándole la serenidad del guerrero. Diana se apartó de la trayectoria del cuchillo con un movimiento fluido y, antes de que su rival pudiese recuperarse, dejó a un lado todo sentido del honor y le propinó un fuerte rodillazo en la entrepierna. El hombre soltó el cuchillo y se dobló sobre sí mismo, boqueando como si le faltase el aire. Sin conmovearse, Diana lo tumbó patas arriba de un gancho de izquierda.

La detective se dejó caer sobre el herido y, tras clavarle la rodilla en el estómago, le colocó la hoja del cuchillo muy cerca de la garganta. A su espalda, Calie dejó de contener el aliento con un suspiro de alivio.

El hombre oso elevó la mirada hacia quien lo había derrotado. Sus ojos, ya desprovistos del velo de la ira, se iluminaron con lo que podía ser una chispa de reconocimiento.

—No me mates, Gran Guerrera, pueblo oso, amigos del Pueblo —el hombre oso hablaba una imposible mezcla de apache e inglés arcaico, con algún giro que Diana no lograba identificar. El hombre se giró en dirección a Calie, en ese momento, su rostro refulgió como lo haría el de un creyente al ver a Dios—. Decídselo, oh hija de Erin. Decidle que somos amigos.

Diana cruzó una mirada de incomprensión con su secretaria, antes de apartar la rodilla del pecho del hombre y ayudarlo a levantarse.

—Creo que ni la hija de Erin ni yo entendemos que está pasando, amigo.



Estrella Errante, pues así se llamaba su nuevo guía, se lo fue explicando a lo largo del camino hacía

los dominios del pueblo oso. Diana había aceptado su invitación de guiarlas hasta allí, sin tener claro que tipo de recibimiento podían esperar. Errante le había dado su palabra de que no las llevaba a una trampa y, según él, para su gente la palabra era sagrada, tal y como les había enseñado el Pueblo. Como prueba de su buena voluntad, había entregado a la detective todas sus armas y un pequeño cuerno, que servía para convocar ayuda si era necesario. Aún contentada por aquel gesto, Diana seguía siendo una superviviente; su mano izquierda seguía sosteniendo el cuchillo, la derecha no se apartaba demasiado de la culata de su pistola. 

Mientras avanzaban, intentaba no dejarse distraer por la narración de su guía. Aunque era complicado no hacerlo, porque la historia de aquellas gentes era también la de los antepasados de la investigadora. Por lo que Diana había podido deducir de la charla del hombre oso, la razón por la que su pueblo había desaparecido era tan simple como increíble: una partida de apaches —quién sabe si parte de aquellos indomables que no soportaban la vida en las reservas— se habían apiadado de ellos y los habían conducido hasta un lugar tranquilo en el que instalarse.

—En su camino, nuestros ancestros se encontraron con un grupo de hijos de Erin a los que habían echado de su pueblo. Los grandes conquistadores también eran crueles con sus iguales —añadió Estrella Errante, antes de detenerse en el camino—. Debemos esperar un momento.

—Al menos eso último explicaría lo de las calabazas —le susurró Calie—. Los guerreros celtas irlandeses creían que, en la noche de difuntos, las almas de sus enemigos podrían escaparse de sus tumbas y cobrarse su venganza. Para espantar a los fantasmas, horadaban las calabazas como si fuesen caras y las colocaban en los cercados. Solo que miraban hacia fuera, no hacia dentro.

Diana escuchaba a Calie como si fuese una música ambiental. Su oído estaba pendiente de **de** otros sonidos: unas ramas partiéndose bajo la presión de un pie, una respiración tensa... Su mano se cernió sobre la empuñadura de la pistola y acarició el seguro. Pero ni lo quitó ni desenfundó el arma.

Antes de que su visitante empezase a hablar, Diana ya se había girado para encarar a un nuevo miembro de la tribu oso. Era una muchacha de rasgos menos animales que los de su compañero, salvo por una gran mata de pelo dorado que rodeaba su ojo derecho. No parecía llevar más armas que un arco cruzado a la espalda y un carcaj, colgado del cinturón. De este último, pendían también algunos pequeños animalillos muy parecidos a los conejos.

—Cierto, hija de Erin. —La voz de la muchacha sobresaltó a Calie quien carecía de los instintos de cazadora de la detective—. Tus ancestros contaron esta tradición a nuestros ancestros. Cuando los conquistadores llegaron y empezaron a matar a nuestra gente, se colaron en sus casas y colocaron las calabazas mirando hacia adentro. Creían que así los espíritus de los hermanos muertos se vengarían. Pero los espíritus no se aliaron con ellos —la muchacha sacudió la cabeza.

Luego un el silencio invadió aquel claro del bosque. Incluso el viento parecía remiso a soplar hasta que Estrella Errante se atrevió a romper la tensa quietud. Con pocas palabras, presentó a su compañera como Ojo Dorado, una cazadora con la que solía retornar al pueblo cuando le tocaba a él vigilar la cueva y expuso a su amiga, también, quiénes eran aquellas dos desconocidas y el acuerdo que tenía con Diana.

Ojo dorado se apresuró a tender a la investigadora sus armas. Al colgárselas, la detective regresó su hogar durante unos segundos. **A** los buenos tiempos en los que se ganaba la vida como guía de montaña, el ejército era un sueño difuso y, sobre todo, no conocía la existencia de Faus City. En esos días disfrutaba cazando con el arco y las flechas.

No hubo más incorporaciones a su pequeña comitiva que avanzó casi en silencio hasta llegar a lo que parecía una gran gruta, formada no por la piedra, sino por una intrincada comunión de ramas de árboles. Tras un instante de vacilación, producto de sus últimos resquicios de desconfianza,  Diana siguió a sus dos guías, y Calie se apresuró tras ella. Nada más salir de la garganta arbórea, se evaporó toda duda que pudiese albergar.

Ante sus ojos no se desperdigaba un pueblo guerrero. Uno de tal tipo no se habría situado en un valle **o**, al menos habría cercado sus fronteras. Las gentes más cercanas se afanaban en tareas como

limpiar pieles, tejer en rudimentarios telares o remover el contenido de unos grandes calderos puestos al fuego, no a las labores militares. Y los niños correteaban alegres, ajenos a algún que otro gruñido de sus cuidadores. 

Aunque unos y otros se fueron parando a medida que la pequeña comitiva avanzaba por el centro del poblado, rumbo a la tienda del Gran Jefe Corona Blanca, miraban sin pudor a aquellas dos forasteras, que tanto les recordaban a los ancestros de su pueblo.

Solo Diana fue admitida en la tienda. Como guerrera, le correspondía a ella negociar. El interior del tipi estaba cargado de humo y no dejaba de recordarle a los que aún se conservaban en el asentamiento donde vivía su madre, ya más alojamientos para turistas que viviendas. La detective tomó asiento sobre el suelo con las piernas cruzadas, imitando al venerable hombre oso de pelaje blanquecino.

—Estrella Errante me ha hablado de ti, Gran Guerrera. Dice que vienes de parte de los conquistadores de poblado más allá del bosque.

—Si vengo de parte de ellos o no, depende de tu pueblo, Gran Jefe Corona Blanca. ¿Buscáis la venganza o la justicia?

—¿No es lo mismo, Gran Guerrera?

—No, Gran Jefe. La venganza debilita el corazón del guerrero, pues lo obliga a matar al culpable y también al inocente; la justicia lo llena de energía, pues se hace recaer sobre quien la merece. El vengador es mi enemigo. El justiciero puede ser mi aliado. Si la pintura relata la verdad, fue un hombre quien mató esa muchacha, no todo el pueblo. 

El anciano asintió. Solo habían encontrado las huellas de un hombre. Huellas de botas de los conquistadores, no de pies descalzos.

—Pero los espíritus claman justicia. Dicen que el hombre blanco no está pagando sus penas. Así que el pueblo también es culpable.

Diana tragó saliva. Una parte de ella había esperado poder convencer al jefe de entregar al asesino a la justicia del mundo civilizado, pero la mirada del hombre oso destilaba una salvaje determinación de hacer justicia. De hacer honor a su legado apache y considerar a todo el mundo su enemigo. Incluida ella misma, si era necesario.

—No tiene por qué serlo. El hombre blanco es ciego a lo que ocurre a su lado. No conoce a sus vecinos y es ciego a los vicios de aquellos a los que tiene más cerca. Dadme una oportunidad —dijo juntando las manos en un gesto de ruego—, y os entregaré al asesino.

—Tienes dos lunas —concedió el jefe, al cabo de un lapso eterno—. Hasta que, en el próximo, Samein, los espectros de nuestros antepasados se unan a nuestros guerreros para arrasar el pueblo.

Diana asintió. No era un plazo halagüeño pero había vivido situaciones peores, y tampoco suponía un cambio en sus planes. Las festividades de ambos pueblos se solapaban. Lo más seguro es que una fiesta fuese contrapartida de la otra, aunque el nombre de «Samein» no le recordaba al apache ni a ninguna otra lengua que ella hablase. 

—¿Llegó a ver alguien al bandido? —preguntó, en su mejor tono de investigadora.

—Solo su espalda. Luna Plateada se había alejado sola del poblado. Como a otros jóvenes, le gustaba espiar a los conquistadores durante sus fiestas. Cuando Estrella Errante fue a buscarla, vio a un hombre blanco alejarse de la cueva, parecía sujetarse el brazo, como si hubiese sufrido una caída. Estrella Errante no se preocupó por el hombre, pero cuando llegó cerca de la cueva vio la sangre... la siguió hacia el interior y encontró a Luna Plateada con la cabeza aplastada. Y las huellas del hombre blanco alrededor del cadáver.

»Estrella Errante intentó seguir el rastro de sangre, pero lo perdió en el linde del bosque. Cuando enterró a su hermana, vio que tenía carne de hombre entre los dientes.

Una herida en el brazo, seguramente, si hilaba esa pista con el hecho de que el hombre al que había visto Errante parecía sujetarse el brazo.

—Antes dijiste algo de que había visto la **espada** del hombre...

—La camisa del hombre llevaba una especie de pintura en la espalda. Era roja, como una hoguera.

O un águila de fuego, pensó Diana, mientras un tren de hielo recorría su columna... El escudo de la academia militar Eagle Creek. 

 No salió de la tienda hasta bien entrada la noche, puesto que el Gran Jefe Corona Plateada insistió en cerrar su pacto con un pequeño ágape, en lo que parecía la versión del pueblo oso de fumar la pipa de la paz. Elevó la mirada hacia el manto de estrellas que cubría el cielo. En otros tiempos,  había encontrado la paz contemplándolo, hoy solo le producía desasosiego. Miraba las constelaciones y era incapaz de decir el nombre de muchas de ellas, cuando antes conocía el nombre de todas. Otro peaje que añadir a los que ya se había cobrado su peculiar cruzada contra Ojos de Jade. 

Una risa argentina se elevó por encima de otros sonidos más guturales, sacándola de su ensimismamiento. Calie estaba sentada alrededor de una hoguera junto con un nutrido grupo de ejemplares jóvenes oso. Diana se acercó hasta donde estaban, pero no se sentó con ellos. Su lugar estaba siempre en la distancia, sin mezclarse con nadie. En cambio, su secretaria era un animal  social y ahora, reía y compartía una botella de licor con aquellas gentes como si llevase toda una vida entre ellos. También se había dejado engalanar con collares de asta y pluma. Y Diana podía apostar a que la pelirroja había experimentado la tentación desprenderse del chaleco y la camiseta. Pero antes de llegar a quitarse la primera de las prendas, habría recordado las cicatrices de su espalda, y toda su euforia nudista se habría evaporado.

—Hola, jefa, ya pensaba que te habías escapado sin mí —sonrió, echándole los brazos al cuello.

Aún en la penumbra, a Diana no se le pasó por alto que su ayudante tenía las manos teñidas de algo rojizo.

—¿Has estado practicando la lucha en el barro? —preguntó, tomándole la mano, bajo la atenta mirada del resto de congregados alrededor de la fogata.

—He estado ayudando a preparar calabazas para el Samhain. No coincide con la fecha oficial —añadió al ver la mirada de incompreensión de la detective—. Pero el ritual es el mismo, ponen calabazas en las casas para ahuyentar a los malos espíritus y para que los colonizadores no encuentren su valle.

Diana se limitó a hacer un gesto de haber entendido, cada vez más incómoda por el modo en que los jóvenes oso no dejaban de prestarles atención.

—¿Quieres que nos retiremos ya a nuestra tienda? —preguntó su ayudante, en un tono que casi sonaba a afirmación.

De nuevo, la investigadora se limitó a asentir, antes de seguir a su secretaria hacia la zona de tiendas. En ella habitaban, además del jefe, los más jóvenes de la tribu. La zona de cabañas la reservaban para ancianos, hembras embarazadas y algunos servicios como la armería, cocinas o la botica

—Estrella Errante quería ponerme a mí en la zona de cabañas y a ti en la tienda, por seguir la vieja tradición, pero Ojo Dorado lo convenció de que olíamos a pareja —explicó Calie, obligando a Diana a soltar una carcajada.

Como en Faust, la gente que las rodeaba seguía confundiendo complicidad con deseo. Aunque su secretaria no debió encontrarle tanta gracia. Sus ojos gatunos se apagaron ligeramente y, durante un buen trecho, no pareció tener nada más que contarle. Cansada del vertiginoso trascurso del día, Diana se limitó a disfrutar del silencio.

—¿Sabes? —la sobresaltó Calie al cabo de un rato—, Ha sido muy extraño volver a vaciar calabazas. Fue como regresar a Estercolero y aún así fue agradable.

—¿A Estercolero? —pregunto con prudencia.

Calie no siempre había sido una chica sofisticada de los barrios altos, protegida de una de las familias más importantes de la ciudad. Antes de que ellos la acogiesen, había sido una niña prostituta de Estercolero, hija y saco de boxeo de uno de los peores matones del barrio. Y Diana sabía demasiado bien que las cicatrices invisibles de aquellos días seguían mortificando a su secretaria tanto o más que las que poblaban su espalda. Era una de las escasas personas con las que la pelirroja era capaz de hablar con total sinceridad sobre su pasado. 

 Los asesinos son muy supersticiosos, y mi padre no dejaba Samhain sin colocar su calabaza. La cultivaba en casa, en una jardinera.... —La voz de Calie se paró, en sincronía con su caminar—. Esta es nuestra tienda —señaló un pequeño tipi.

La detective se agachó para entrar en la tienda y se dejó caer sobre el mar de pieles que se desperdigaba por el suelo, sin molestarse en quitarse las botas. Calie, siempre más ordenada, se tomó tiempo para descalzarse y quitarse los collares que le habían regalado, antes de tumbarse a su lado.

—¿Cómo te ha ido en tu reunión con el jefe?

—Creo que he podido evitar la masacre —dijo, antes de darle a la otra un resumen de lo hablado en la tienda de Corona Blanca—. Cuando mañana regresemos a Lonestone, necesitaré que despliegues todo tu encanto para averiguar un par de cosas.

—Claro, jefa. Lo que tu quieras.

III

Habían llegado al pueblo al medio día y Diana estaba encerrada desde entonces en su cuarto de la pensión de la señora Hamilton, leyendo la última entrega de las aventuras de Gunilda, la heroína estrella de las novelas de desguace en el género de frotamiento y brujería. Se había apostado delante del escritorio, sobre el que se desperdigaban,  papeles, esbozos de huellas de pies humanoides y toda suerte de objetos recabados en el bosque. Una carpeta, apoyada sobre la parte inferior del marco de la ventana y un par de libros, hacía las veces de atril y de pequeño cómplice a la hora de ocultar qué estaba haciendo realmente. Su casera se presentaba cada poco ofreciéndole cafés, licores, cerveza y todo lo que se le pudiese ocurrir, para poder cotillear sus avances con aquellas pruebas misteriosas e inaprensibles para los ciudadanos de Lonestone, que Diana supuestamente había localizado durante su expedición.

Eso había sido al medio día, cuando los vecinos se sentían tranquilizados porque no se hubiesen colocado calabazas amenazantes la noche anterior. Pero ya empezaba a caer la tarde, y Diana dudaba que su paciencia pudiese durar mucho más, máxime cuando  radio Hamilton debía de tenerlos informados de la falta de resultados.

«Calie, ¿dónde te metes?»

Su secretaria llevaba desde el medio día paseándose por el pueblo, mientras desplegab su encanto habitual en busca de la información verdaderamente necesaria para resolver el caso.

El impacto de unos nudillos la obligó a deslizar la novela bajo el atril por enésima vez .

«No, señora Hamilton, no quiero una tapita de su guiso de cerdo», pensó.

—Tenías razón en tus sospechas, jefa—. Nunca la voz de su secretaria la había llenado de tanto alivio.

Calie se sentó a los pies de la cama. Además del lecho y un armario, el pequeño cuarto, solo daba cabida a una silla y una precaria mesa, ocupadas ambas por Diana y sus trastos.

—En la mayor parte de las casas que no han sido marcadas, solo viven mujeres o hombres ya muy viejos. En todas las marcadas vive algún hombre.

—¿Y sobre lo otro? —preguntó con cierta impaciencia. Confirmar lo de las calabazas estaba bien, le daba armas para el teatrillo que planeaba, pero no era la información clave para cerrar el caso.

—Estuve coqueteando con él, tal y como me sugeriste. En serio, jefa, espero que me compenses muy bien el tener que haber aguantado a semejante baboso. He tenido que escuchar todas sus batallitas de guerra antes de poder empezar a conducir la conversación por donde me interesaba. 

—¿Y?

—Yo ya había sonsacado a alguna de las mujeres que Brown antes no se vestía tan formal. Que había cambiado el año anterior, poco después de que le dieran alguna responsabilidad más en su cargo de hombre para todo... Así que lo que hice fue comportarme como una cabeza hueca en celo. Le dije lo último que me impresionaban sus historias y le confesé lo mucho que me excitaban los tatuajes... Me enseñó uno en el bíceps izquierdo, pero nada en el derecho, **me dijo había tenido** un tautaje ahí, pero que se lo había borrado al dejar el ejército.

Diana miró la cara interna de su propio antebrazo. La cabeza de águila que le habían tatuado en la academia seguía allí, pese a que había abandonado ya hacía seis años la vida militar. Pocos se borraban ese emblema en concreto, incluso si dejaban el ejército sin honores.

Era una percha muy frágil sobre la que fundamentar sus sospechas, lo mismo que una camiseta que Brown podía haber regalado a cualquiera. Ni siquiera el carácter mujeriego del hombre era determinante; el viejo Eric, se limitaba a reaccionar a los rechazos lanzándose sobre una nueva presa, no con acosos. Pero el tiempo y la vida podían haber oscurecido la moralidad del hombre, tal y como **había**  cho con su corazón de detective. Faust no era el único vampiro de asfalto capaz de licuar el alma de sus habitantes a discretos sorbos.

—Creo que es momento de poner en marcha la segunda fase del plan, pelirroja.

Todo Lonestone parecía haberse congregado en la plaza para descubrir quién les había estado amenazando y cómo pensaba solucionarlo la detective de ciudad. Nadie desviaba la mirada de la tarima de madera que, aunque destinada a las actuaciones de los músicos durante el Día de los Peregrinos, esta tarde servía de púlpito a la investigadora y al siempre entregado Eric Brown. Detrás de ellos, Calie se sentaba en una silla, con las manos metidas en los bolsillos y gesto despreocupado.

—Parece, amigos, que nuestro pequeño sacrificio no ha sido en vano y que la detective Hunt puede salvarnos de la amenaza que nos asola, detective —hizo una señal para que ella se acercase al micro.

—Eric, te importaría subirte las mangas de la camisa.

Un murmullo de sorpresa e indignación recorrió a los congregados. Unos pocos, se atrevieron a murmurar algo sobre el error que había supuesto contratar a una detective de ciudad.

—Diana, si esto es una broma retorcida...

—Yo nunca bromeo, Eric. —La investigadora clavó la mirada en su antiguo compañero de academia—. Deberías acordarte. ¿Quieren realmente saber qué les aterroriza? —preguntó a la multitud—. ¿Saber por qué solo las casas donde viven hombres son señaladas?

Diana hizo una pausa teatral, para que las últimas palabras calasen entre la turba. A su espalda, Calie se tensaba, presta a intervenir cuando fuese necesario.

—Yo les diré quién les amenaza. Un pueblo necesitado de justicia. Pero que, de no obtenerla, está dispuesto a recurrir a la venganza.

De nuevo otra pausa. Los murmullos de la concurrencia empezaban a teñirse de miedo mientras el sudor empezaba a delatarse bajo las axilas de la camisa de su apreciado hombre para todo.

—Está de su mano darles una cosa u otra. Hace un año, un hombre de este pueblo violó y mató a

una muchacha que vivía en los bosques. Su pueblo quiere justicia para ella. Y si no puede obtenerla, hará caer todo su poder sobre el pueblo que da cobijo al asesino.

Asentimiento, burlas, acusaciones de estar mintiendo, impropiedades contra el asesino y algún comentario supremacista sobre que los topes no eran humanos, la muchedumbre era ya un hervidero de sentimientos encontrados. Pero, aunque hostiles, al menos reaccionaban, Brown parecía una estatua de sal.

—Así, que, te lo ruego de nuevo, Eric —las manos de Diana se aferraron con fuerza al atril, como si de esa forma pudiesen imprimir más énfasis a sus palabras—. Sube las mangas de tu camisa y muéstranos tu antebrazo derecho.

El aludido sacudió la cabeza con un gesto de negación e hizo ademán de huir, pero dos hombres jóvenes saltaron sobre el escenario y lo atraparon. Uno de ellos lo agarró, levantándole los brazos. El otro se apresuró a bajar las mangas de la camisa del hombre sin que Diana se lo ordenase. En el antebrazo derecho, la mitad de la cabeza del águila había sido devorada junto con un buen pedazo de carne.

No todo el mundo se indignó. Fueron muchos los que clamaron que entregasen al asesino al pueblo de las calabazas, pero otros se empeñaron en defender al encantador hombre para todo frente a los inhumanos.

—¿Queréis arriesgar las vidas de nuestros hijos por un asesino? —preguntó una joven.

—Que nos defienda ella —clamó la señora Hamilton, señalando a Diana—. Son solo un puñado de inhumanos.

Aquella afirmación aún encendió más a los partidarios de Eric Brown. Y no solo contra aquellos que querían entregarlo. Sus acusaciones no tardaron en tener a Diana como blanco. Los dedos de la detective acariciaron la culata de la pistola. Por el rabillo del ojo, dio a Calie la señal acordada.

Su secretaria sacó la mano del bolsillo izquierdo. En ella aferraba un cuerno, que se apresuró a llevarse a los labios. El bramido acalló a la turba durante unos segundos. Antes de que pudiesen volver a sus discusiones, un coro respondió a la llamada de Calie.

Sin que nadie llegase a reaccionar, una mesnada de hombres oso invadió el centro de la villa. La aterrada multitud se apretujó a la derecha de la plaza, sin discriminar a supremacistas y gentes de mente más abierta. La llegada de aquel ejército imposible aterraba a todos por igual. Los forasteros, se colocaron en el lado opuesto. Entre ellos y los vecinos del pueblo, se abría un amplio espacio elíptico. Dos de los visitantes se colocaron en el centro del mismo, uno era Estrella Errante; el otro, uno de los chamanes de la tribu. En sus manos, sostenía una caja abierta en la que se podían ver dos cuchillos de mango de asta.

—Tienes suerte de que el pueblo oso tenga sentido del honor, Eric. Y también de haber sido un heroico militar —añadió, con una pizca de ironía que solo fue apreciada por Calie y el propio aludido—. Aún te queda una oportunidad para sobrevivir. Si ganas en combate a Estrella Errante, han dado su palabra de dejarle vivir. Y pase lo que pase en este combate, han dado su palabra de que no volverán a molestar a Lonestone, si las gentes de Lonestone los dejan tranquilos a ellos.

Toda la gente oso asintió a un tiempo al escuchar aquel juramento.

—Y la palabra es sagrada para el pueblo oso —añadió Diana.

Eric no tenía más remedio que aceptar el desafío. Incluso aquellos que antes lo habían apoyado, lo dejarían a un lado ahora que el vengador los había invadido.

El antiguo aspirante a militar nunca había sido un buen alumno en el combate cuerpo a cuerpo ni menos aún en la lucha con arma blanca. Fiel a esa tónica, cogió el cuchillo como si fuese un punzón con el que agujerar un barril. Con un grito, cargó contra el hombre oso, que no tuvo problemas para faltarle. Estrella Errante no atacó, se limitó a adoptar una pose defensiva y esperar el siguiente ataque de su enemigo. Este resultó ser tan inefectivo como el primero. Pero ahí parecía estar la diversión.

Estrella Errante aún dejó a su rival lanzarle una tercer cuchillada, directa hacia su estómago,

antes de fintarlo y componer su primer y único ataque. El guerrero descargó cuchillo contra la garganta del asesino de su hermana; la hoja abrió un tajo que bien parecía una segunda boca. Eric dejó caer su arma y se llevó las manos al cuello, entre estertores carmesíes. Diana lo habría dejado así, muriéndose lentamente. Había visto demasiadas mujeres sufrir muertes horribles como para sentir misericordia por un violador y asesino. Estrella Errante debía de tener un corazón menos duro que el suyo, pues hundió la hoja del puñal en el corazón del embaucador, brindándole misericordia.

El hombre oso no elevó al cielo un rugido de victoria, aunque clavó en este una sonrisa de alivio, ajeno a las quejas de los humanos, y a los movimientos de algunos de ellos. Pero a Diana no le pasaban desapercibidos. Ni la desazón de algunos ciudadanos ni el hecho de que el chófer que las trajera esta el pueblo estuviese sacando ahora una pistola de su chaqueta. Antes de que pudiese apuntar a la espalda de Estrella Errante, Diana desenfundó su propio arma y, sin casi apuntar, disparó contra la mano del hombre. El tipo dejó caer su revolver con un sonoro aullido de indignación, atrayendo la atención de todos sus vecinos. Y también de sus invasores. Las manos de los guerreros oso acariciaron las empuñaduras de sus armas: cuchillos, espadas, *tomahawks*... había de todo un poco.

—¿Alguien más tiene intención de iniciar un suicidio colectivo? —gritó la investigadora.

Un murmullo de negación recorrió a las gentes de Lonestone.

—En ese caso, dispersense y dejen paso al pueblo oso.

La multitud hizo lo que se le ordenaba y los guerreros desfilaron ante ellos con paso altivo, rumbo al bosque. Su primer destino no era el poblado, sino la cueva de la infamia. Ahora que se había hecho justicia, el espíritu de Luna Plateada ya no corría el riesgo de convertirse en un espectro vengativo, y su cuerpo podría descansar con los suyos. 

IV

Diana se echó la mochila al hombro y recorrió con la mirada el pueblo desierto. Todo el mundo estaba encerrado en sus casas. Unos para reflejar su desprecio, otros por miedo a mostrar en público a la investigadora una solidaridad que ya le habían demostrado en privado. En uno de los compartimientos de su bolsa, había suficiente dinero para pagar los billetes de tren y algún que otro capricho para ella y para Calie.

—Y bien, jefa. ¿Qué hacemos ahora? ¿Peregrinamos a pie hasta Red Town para coger la cafetera de vuelta a la ciudad?

—Había pensado en seguir tu consejo y alejarme un tiempo de Faust.

—¿Crees que nos dará tiempo a llegar al poblado? —preguntó la pelirroja, mirando al cielo, que empezaba a oscurecer.

Diana negó con la cabeza.

—Podemos hacer noche en la cueva. Es lo bastante grande para que no tengamos que instalarnos en la zona donde estuvo la tumba de esa chica.

Y a ella no le vendría mal recuperar sus instintos. Volver a cazar, hacer un fuego, recordar el nombre de las estrellas. Recargarse de paz antes de volver a la jungla de Faust City y a su cruzada.

—Pongámonos en marcha, entonces, jefa.